

## Y LA TRADICIÓN CONTINÚA: LA ALFARERÍA DE LA ÉPOCA INKA EN EL VALLE DE AYACUCHO, PERÚ

Lidio M. Valdez\*

### Resumen

*En el presente ensayo se evalúa la clasificación estilística de lo que se conoce como cerámica «chanka». Sobre la base de recientes descubrimientos, se postula que la cerámica chanka, en particular sus variedades alfareras Arqalla y Aya Orqo, no es una manifestación exclusivamente preinka. Las evidencias provenientes de Qaqas, discutidas en este ensayo, sugieren que la tradición alfarera local preinka continuó manufacturándose durante el tiempo de auge del Imperio Inka. El Estado Inka, por lo tanto, parece no haber alterado mucho a la tradición local y las poblaciones locales parecen haber seguido habitando en el valle de Ayacucho, por lo menos en su sector norte.*

### Abstract

*In this paper, I evaluate the stylistic classification of the so called «Chanka» pottery. On the basis of the most recent findings I argue that the Chanka pottery, in particular Arqalla and Aya Orqo types, is not an exclusive pre-Inka manifestation. The new evidence from Qaqas strongly suggests that the local pottery tradition continued being manufactured during Inka times. The Inka state, therefore, seems not to have altered much the local tradition and that local populations seem to have continued inhabiting the Ayacucho Valley, at least in its northern end.*

*«Nada sabemos de lo que ocurrió entre la caída del imperio Wari y la época en que los Inkas sometieron a Ayacucho a una situación colonial» (Lumbreras 1975: 195).*

### 1. Introducción

El origen del Tawantinsuyo está íntimamente ligado a la región de Ayacucho y a sus habitantes, conocidos en las fuentes etnohistóricas como los chankas. Dichas fuentes dan cuenta de una guerra sostenida entre los chankas y los inkas (Sarmiento de Gamboa 1965 [1572]: 230-233), de la que nació el poderoso Estado Inka, el mismo que, en relativamente corto tiempo, estableció control sobre gran parte del territorio andino (Rowe 1946; Menzel 1959; Hyslop 1984; Patterson 1991).

Como algunos autores han sostenido, un resultado contrario a los inkas en dicha confrontación fácilmente hubiera dado lugar a la formación de un posible estado o «Imperio Chanka». Desdichadamente para los chankas, su derrota no sólo significó su total desarticulación como grupo étnico y su sometimiento al Estado Inka, sino también su parcial olvido.

En efecto, de no existir fuentes como las de Sarmiento de Gamboa (1965 [1572]), para citar un ejemplo, el mismo nombre de los chankas hubiera pasado al olvido. Actualmente, de los tantos señoríos que existieron en los Andes Centrales, antes de la emergencia del Estado Inka, los chankas siguen siendo los menos conocidos; no existe un sólo asentamiento chanka sistemáticamente estudiado por los especialistas (Valdez, Vivanco y Chávez 1990; Valdez y Vivanco 1994). La historia chanka, por lo tanto, está aún por escribirse.

---

\* University of Alberta, Department of Anthropology, Edmonton, Alberta. E-mail: lidio@ualberta.ca

Sin lugar a dudas, la región de Ayacucho, en general, fue un paso necesario para la expansión inka. El territorio chanka no fue sólo el primero en ser incorporado al entonces naciente estado, sino, también, fue allí donde se estableció el primer asentamiento inka fuera del Cusco, tal como reportó Cieza de León (1967 [1553]: 163). El asentamiento al que se hace referencia es el complejo de Vilkaswamán, sitio inka ubicado al sur del valle de Ayacucho (Stern 1982: 20; González Carré 1992: 108).

El valle de Ayacucho, antiguamente conocido como Guamanga, fue incorporado al control inka poco tiempo después de la conquista de Vilkaswamán, la misma que, de acuerdo a Cobo (1956 [1653]: 80), no fue pacífica. Según dicha versión, sus habitantes habrían tomado posesión de los lugares más estratégicos y defendibles, con el propósito de ofrecer resistencia al ejército inka (Valdez y Valdez 2002).

En este ensayo no se pretende evaluar la conquista inka del valle de Ayacucho; más bien, el objetivo central es discutir, sobre la base de las más recientes evidencias, las interrogantes : 1) ¿Qué pasó con la población local durante el dominio inka?; y 2) ¿Cuál fue la situación de este valle durante el auge del Tawantinsuyo? Para este fin, como punto de partida, se considera el material cerámico y algunos objetos de metal provenientes de los abrigos rocosos de Qaqaq, ubicados en las alturas de la ciudad de Huanta, en la sección norte del valle de Ayacucho (Fig. 1).

Brevemente, la cerámica proveniente de Qaqaq indica que la tradición local continuó durante la época inka. Esto refuerza, así, las sugerencias iniciales (*cf.* Valdez 1999; Valdez y Valdez 2000, 2002). Durante dicho proceso, la alfarería local incorporó elementos inka, aunque sus formas más tradicionales continuaron sin mayor modificación. Esta continuación estilística sugiere una continuidad poblacional en el referido valle.

## 2. Los abrigos rocosos de Qaqaq

Al este de la ciudad de Huanta se aprecia una formación rocosa que es bastante visible desde sus alrededores, especialmente desde la parte baja. Dicha formación rocosa esconde un número, aún no determinado, de abrigos aparentemente utilizados como lugares de enterramiento en la antigüedad.

En 1999, Ernesto Valdez fue informado por los vecinos acerca de la existencia de varias «cuevas» donde había cuerpos momificados. Una posterior inspección del lugar —con la participación del autor— dio como resultado el hallazgo de numerosos huesos humanos y abundante cantidad de cerámica monocroma fragmentada. No obstante que la cerámica no era diagnóstica, quedó evidente que Qaqaq pertenecía a la época inka (Valdez y Valdez 2000: 23).

Recientemente, mientras el autor llevaba a cabo excavaciones arqueológicas en el sitio wari de Marayniyoq (*cf.* Valdez *et al.* 2000; Valdez 2002), estudiantes de un colegio local habían extraído varias piezas arqueológicas de los referidos abrigos, las que fueron entregadas al autor. Para confirmar lo mencionado, se decidió inspeccionar el referido lugar en compañía de uno de los estudiantes, quien aceptó participar como guía.

Llegados al referido sitio, no se tardó en observar lugares previamente visitados. Enseguida, el guía ubicó uno de los abrigos, en cuyo interior hubo cerámica fragmentada, generalmente monocroma, de acabado simple, en su mayoría sin decoración. También se observó la presencia de huesos humanos, además de restos óseos de camélidos jóvenes y, probablemente, de perros. Muchos de ellos aún estaban articulados, de modo que probablemente fueron ofrendas depositadas junto a los muertos.

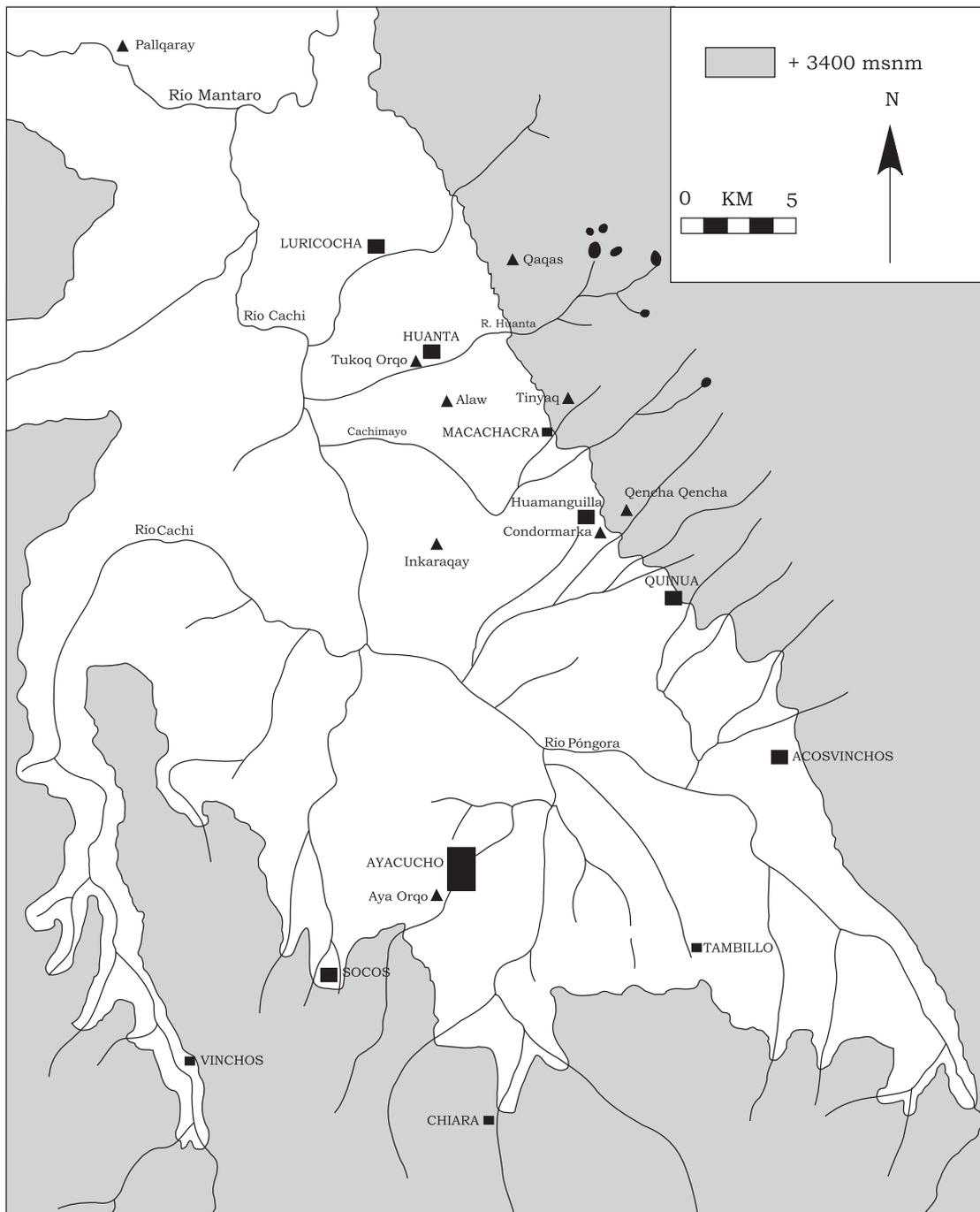


Fig. 1. Mapa de ubicación de Qaqa y otros sitios inka del valle de Ayacucho.

Por cuanto el material cerámico corría el peligro de ser destruido y/o desaparecer definitivamente, se hizo el esfuerzo de recuperar todos los fragmentos acumulados. El guía aseguró que, a mayor profundidad, había mayor cantidad de cerámica. Otros dos abrigos, ubicados en las inmediaciones del primero, contenían varios cráneos deformados y huesos posteriores, tiestos y un mate fragmentado. Del primer abrigo se recuperaron utensilios fragmentados hechos de mate. De ninguno de los otros abrigos se logró extraer huesos humanos. Según la impresión del guía, también se extrajeron varios *tupus* de estos abrigos.

En resumen, varios abrigos de Qaqas fueron utilizados como lugares de enterramiento. Una investigación minuciosa de estos sitios ayudaría mucho a interpretar mejor su significado. Hasta que el estudio se realice, este trabajo sirve de punto de partida; se espera que las ideas estimulen nuevos debates y estudios acerca de este tema, que ha sido ignorado por los especialistas.

## 2. El material cultural

Los materiales culturales de Qaqas consisten generalmente de cerámica, *tupus* y agujas de metal, además de algunos mates fragmentados. Para los propósitos de esta discusión, primero se dará referencia al material cerámico, por ser la evidencia fundamental para evaluar la situación del valle de Ayacucho durante el Tawantinsuyo.

Los materiales de metal, especialmente los *tupus*, serán utilizados como elementos diagnósticos adicionales que permitan ubicar en el tiempo al conjunto de artefactos provenientes de Qaqas. En la sección final se discute la situación del valle de Ayacucho en tiempos del Tawantinsuyo.

### 2.1. La cerámica

Después de restaurar las piezas fragmentadas se definió su morfología con el fin de determinar la asociación temporal y cultural del conjunto de materiales provenientes de Qaqas. Pese a no lograr completarlas todas, se pudo determinar sus formas.

En total, 54 piezas de cerámica presentan formas definidas. Sólo se analizaron las piezas más diagnósticas, las cuales brindaron información fundamental que permite plantear algunas ideas acerca de la situación sociopolítica del valle de Ayacucho durante el Imperio Inka.

Se les subdividió en cinco grupos formales. El primero de ellos reúne vasijas cerradas, cuello angosto, cuerpo globular y base cónica (estilos Aya Orqo y Arqalla, Figs. 2, 3). Por lo general, disponen de dos asas horizontales, pero hay especímenes con tres asas. Sólo pocas vasijas llevan decoración simple a la altura del cuello y el labio de la vasija. Su acabado es simple, con superficie bastante áspera y sin presencia de engobe.

El siguiente grupo está conformado por vasos ligeramente abiertos (Fig. 4). Su superficie, de acabado tosco, está pintada de blanco; sobre ella aparece una banda horizontal y varias líneas verticales que se dirigen hacia el labio del vaso. Estos son, también, de acabado simple.

El tercer grupo se caracteriza por platos poco profundos y tecnológicamente mejor acabados que las piezas antes mencionadas (Figs. 5, 6, 7). La superficie es menos áspera debido a un mejor tratamiento. Algunos especímenes presentan decoraciones internas, con motivos simples. El tamaño es variado: hay platos grandes y otros más pequeños. Las piezas presentan paredes bastante compactas y parecen haber sido sometidas a altas temperaturas durante su procesamiento.

El cuarto grupo consiste de piezas identificadas como «utensilios pequeños» (estilo Aya Orqo, Figs. 8, 9, 10, 11, 12, 13). Todas tienen la forma de ollas, un cuello relativamente corto, borde



Fig. 2. *Qaqa*. Cerámica en el estilo Aya Orqo.

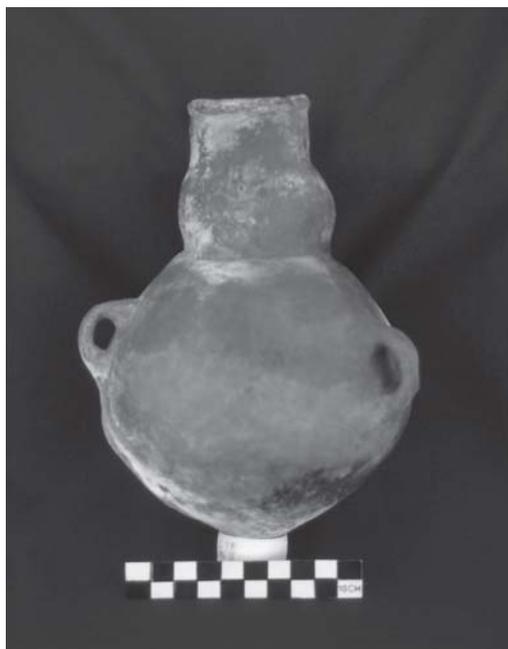


Fig. 3. *Qaqa*. Cerámica en el estilo Arqalla.

ligeramente divergente, cuerpo globular y una base redondeada. En la actualidad, piezas similares y de tamaños idénticos son utilizadas en el valle de Ayacucho como utensilios para beber chicha, especialmente la de molle y la de caña; a ésta última se le conoce como *warapo*. Muchas de estas piezas están provistas de asas verticales, aunque en un caso se notó la presencia de un asa horizontal (Fig. 8); algunas tienen hasta cuatro. Cabe también resaltar que en varios ejemplares las asas están directamente conectadas al labio de las vajillas. Este último es un aspecto novedoso, puesto que la presencia de asas en dicha posición, no es común en este valle hasta la época inka (cf. González Carré 1992: figs. 21, 22).

Finalmente, la última forma definida es una vasija zoomorfa (Fig. 14) con lo que parece representar un caracol terrestre con la cabeza erguida. Al lado opuesto de la cabeza aparece un asa en posición vertical y entre la cabeza y el asa se observa el cuello ligeramente alargado, precisamente en la parte media de la vasija. Esta es recta y termina en un pico con labio divergente, idéntico a las exhibidas en las piezas inkas. El cuerpo es globular alargado y de base ligeramente plana. Está decorada con puntos oscuros que, generalmente, se limitan al cuerpo de la pieza. Tiene buen acabado comparada con las previamente referidas.

En resumen, las piezas de cerámica de Qaqa, pese a su reducido número, permiten comprender mejor la situación del valle de Ayacucho en tiempos del Tawantinsuyo. Muchas de ellas corresponden a la llamada cerámica «chanka»; queda la posibilidad de que algunas sean anteriores, pero un gran número de las mismas corresponde a la época inka sin tratarse de cerámica de ese estilo.

## 2.2. Los metales

Asociadas a las piezas de cerámica descritas se han recuperado algunos objetos de metal; entre los cuales destacan los *tupus*. El material del que estos artefactos fueron manufacturados todavía no ha sido determinado, pero no se descarta que sean de cobre y/o plata.



Fig. 4. Qaqas. Vaso ligeramente abierto.



Fig. 5. Qaqas. Plato hondo.



Fig. 6. Qaqas. Plato hondo fragmentado.



Fig. 7. Qaqas. Plato.

Estos *tupus* tienen formas llamativas, con cabeza redondeada (Fig. 15); una segunda es de media luna (Fig. 16) y una tercera es triangular (Fig. 17). Con la excepción de uno (Fig. 15), se encontraron doblados en dos o tres secciones. Finalmente, el tamaño de los *tupus* varía, siendo el más grande de más de 30 centímetros. Aún se desconoce el significado de estas variaciones, pero pueden estar reflejando status, género y/o etnicidad.

Junto a los *tupus* se hallaron algunas agujas de metal (Fig. 18) con un orificio en el extremo. Cerca a éste aparecen algunas hendiduras verticales a modo de decoración. El material utilizado para la elaboración de las agujas fue quizá el mismo que se empleó para la fabricación de los *tupus*. Por último, junto a estos materiales, se halló una barra bastante delgada incompleta de madera (Fig. 19). Parece tratarse de chonta, una planta proveniente de la selva tropical, la que se forró con una lámina de metal bastante delgada dando, finalmente, la impresión que la barra era de este material. La barra, además de su cubierta, parece haber estado decorada, pero el mal estado de conservación de la pieza no permite adelantar más observaciones.

La barra es similar a la *vara*, instrumento que simboliza autoridad entre las comunidades indígenas de las punas de Ayacucho y regiones vecinas. La persona que posee la *vara* es reconocida como el *varayoc* y es la principal autoridad de una comunidad. La presencia de esta particular pieza estaría indicando que personajes de importancia habrían sido enterrados en los abrigos del sitio de Qaqas (Fig. 20).



Fig. 8. Qaqas. Vasija pequeña en el estilo Aya Orqo.

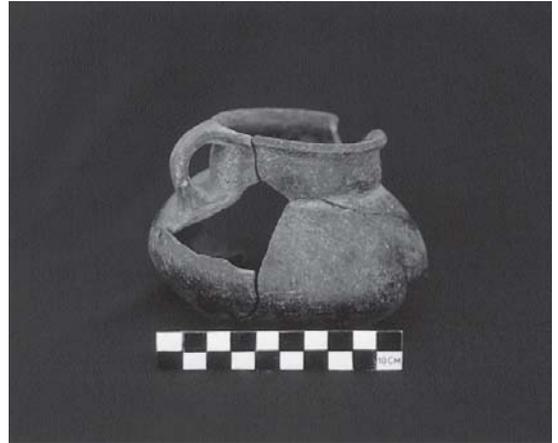


Fig. 9. Qaqas. Vasija pequeña en el estilo Aya Orqo.

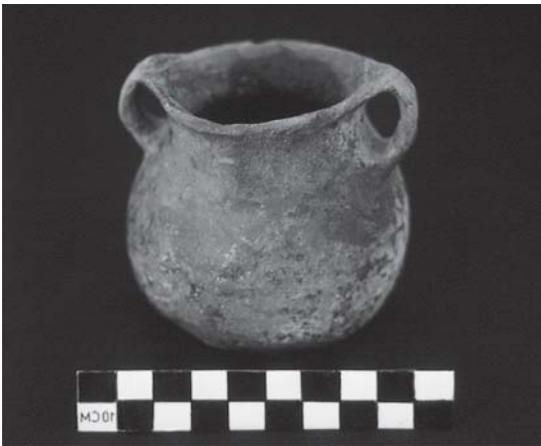


Fig. 10. Qaqas. Vasija pequeña en el estilo Aya Orqo.



Fig. 11. Qaqas. Vasijas pequeñas en el estilo Aya Orqo.



Fig. 12. Qaqas. Vasija pequeña en el estilo Aya Orqo.



Fig. 13. Qaqas. Vasija pequeña en el estilo Aya Orqo. Nótese sus cuatro asas.



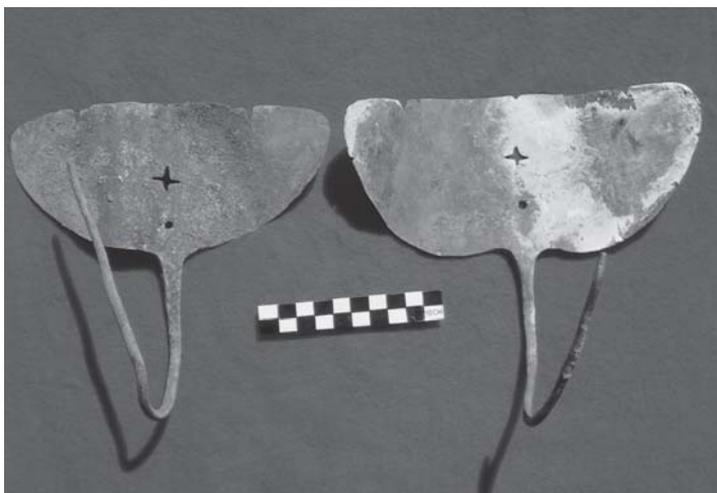
*Fig. 14. Qaqas. Vajilla zoomorfa representando un caracol terrestre.*



*Fig. 15. Qaqas. Tupus de forma redondeada.*

### 3. Discusión

El material arqueológico proveniente de Qaqas es nuevo para el valle de Ayacucho. Provee valiosa información para la discusión de aspectos hasta hace poco no considerados como parte del análisis arqueológico. Los arqueólogos de Ayacucho se han acostumbrado a identificar toda cerámica de pobre acabado tecnológico como chanka y cada sitio arqueológico que exhibe una ubicación estratégica y defensiva, con estructuras circulares y a menudo en las cimas más altas de las montañas ha sido continuamente identificado como asentamiento chanka, ya que cuentan con presencia de cerámica identificada también como chanka. Sobre la base de fuentes históricas se ha logrado



*Fig. 16. Qaqas. Tupus de forma media luna.*



*Fig. 17. Qaqas. Tupus de forma triangular.*



*Fig. 18. Qaqas. Agujas de metal.*

determinar que los chankas fueron pueblos que existieron en la región de Ayacucho y en toda la cuenca del río Pampas hasta antes de la emergencia del Estado Inka. Por lo tanto, los chankas, dentro de la literatura especializada, son un grupo preinka y poswari. Por ello, la cerámica chanka está ubicada temporalmente dentro de este espacio cronológico.



Fig. 19. *Qaqas*. Vara con cobertura de metal.

Tal como se ha discutido en otro trabajo (Valdez y Valdez 2002), la así llamada cerámica chanka ha sido motivo de estudios arqueológicos que condujeron a la definición de cuatro tipos: Tanta Orqo, Qachisqo, Arqalla y Aya Orqo. Dentro de este ordenamiento, Tanta Orqo representaría la manifestación más temprana de la alfarería chanka, mientras que Aya Orqo sería la más reciente.

Puesto que este ordenamiento estilístico nunca ha sido demostrado estratigráficamente, y la ausencia de fechados radiocarbónicos, su validez sigue siendo cuestionable. La posibilidad de que las diferencias estilísticas de la alfarería chanka sean manifestaciones de etnicidad nunca ha sido refutada con pruebas.

Al mismo tiempo, se acostumbra identificar a la alfarería chanka como una manifestación exclusivamente preinka; la cerámica de los estilos arqalla y aya orqo, variedades con mayor distribución geográfica, son reconocidas como puramente chanka. Esta lógica ha guiado todo análisis del estudio de los chankas.

Producto de este razonamiento hay una cantidad sorprendente de asentamientos chanka, mientras que sitios pertenecientes a la época Inka son muy escasos (*cf.* Benavides 1976). Tanto es así, que MacNeish, Patterson y Browman (1975: 74) concluyeron que el valle de Ayacucho no jugó rol alguno dentro del esquema imperial inka. Lumbreras (1975: 224) también se refiere a la «poca importancia» del valle de Ayacucho en tiempos inka. Estas observaciones, nuevamente, están sustentadas en la aparente ausencia de asentamientos inka en este valle. Se impone la interrogante de si esta reconstrucción refleja una realidad histórica o se trata, solamente, de una errada interpretación del pasado.

Durante los últimos años ha logrado obtener nuevas evidencias para reevaluar el problema relacionado a la época inka en el valle de Ayacucho, las que sugiere el panorama relacionado a la ocupación del valle de Ayacucho durante la época inka, es mucho más complicado que lo inicialmente sugerido y, al parecer, incluso totalmente diferente. También hay, de acuerdo a estudios recientes, una mayor cantidad de sitios identificables como inka (Valdez y Valdez 2000, 2001, 2002).

Asimismo, instalaciones estatales —como los depósitos— recién han sido identificadas para dicho valle (Valdez y Valdez 2000). En la medida en que los estudios progresen, no es de dudar que datos adicionales serán puestos a la luz. Por lo tanto, un análisis más exhaustivo de la cerámica «chanka» permitirá identificar nuevos elementos de juicio con los que se deberá examinar el caso en estudio desde varios ángulos. Este tipo de datos modificará, considerablemente, la perspectiva que se tiene acerca de la situación del valle de Ayacucho durante la época inka. Actualmente, la perspectiva con respecto a los chankas y dicha etapa ya ha variado, y de seguro seguirá modificándose en la medida en que los trabajos de campo continúen.



Fig. 20. Ilustración tomada de Guaman Poma de Ayala que muestra la vara portada por una autoridad local.

La cerámica, sin lugar a dudas, es el material que ha recibido más atención dentro de los estudios relacionados a muchas culturas indígenas de los Andes Centrales. El caso chanka no es una excepción (González Carré 1992: 53). La cerámica chanka, sin embargo, aún requiere de un refinado análisis (Valdez y Valdez 2002). En el presente ensayo, que es una continuación del trabajo arriba citado, el autor se restringe al material de Qaqa.

Varias, o quizá la totalidad, de las piezas de cerámica recuperadas de los abrigos rocosos de Qaqa son identificables como cerámica chanka. Así la pieza en la Fig. 2 es muy parecida a una vasija identificada como del estilo Tanta Orqo por González Carré (1992: Fig. 21, inferior izquierda) y otra vasija cerrada, ilustrada también por el mismo autor (1992: Fig. 27b) identificada como cerámica qachisqo. Por su decoración, sin embargo, la vasija de la Fig. 2 pertenece a la época inka.

La vasija de la Fig. 3 corresponde a la cerámica arqalla (cf. González Carré 1992: Fig. 29a), variedad alfarera que bien podría ser considerada «clásica» de los chankas. Como se verá más adelante, es importante recordar que esta vasija está asociada a posibles vasijas qachisqo o inka. La cerámica arqalla, sin embargo, no parece ser un elemento diagnóstico seguro para identificar arqueológicamente a los chankas (véase abajo).

Los ceramios pertenecientes al cuarto grupo presentan un problema mayor. Varios de ellos, siguiendo el criterio de González Carré (1992: Fig. 21), podrían ser clasificados como cerámica tanta orqo, arqalla o aya orqo. Aunque no existe una sola forma definida en la figura de referencia que sea comparable al material de Qaqas, la de la Fig. 8 tiene cierto parecido a una vasija ilustrada por González Carré (1992: Fig. 21) que es identificada como cerámica aya orqo (segundo del lado superior derecho). Del mismo modo, la pieza ilustrada en la Fig. 9 se asemeja a una identificada como cerámica tanta orqo (González Carré 1992: Fig. 21, segunda del lado derecho). A su vez, aquéllas ilustradas en las Figs. 10 y 12, también se asemejan a una identificada como cerámica arqalla (González Carré 1992: Fig. 28c). De este modo, dentro de la colección de la cerámica proveniente de Qaqas, estarían representadas todas las variedades alfareras chanka. Junto a éstas aparece otra que, siguiendo la clasificación tradicional, se podría identificar como cerámica aya orqo (Fig. 14).

Junto a los materiales arriba referidos aparecen también varios *tupus*. En primer lugar, al referirse al material cultural y, de manera particular, a las estructuras funerarias chanka, González Carré (1992: 48) no hace mención a posibles *tupus* chanka como parte del ajuar funerario de enterrados. Y, como se conoce, los *tupus* de metal son —aunque no exclusivamente— materiales diagnósticos de la cultura Inka.

No obstante que el material aún requiere de un estudio más detallado, existe la posibilidad de que se trata de una colección perteneciente a la época inka, incluyendo cerámica arqalla y aya orqo. Sin embargo, dichas variedades alfareras no son una manifestación exclusiva de la cultura Chanka (Valdez y Valdez 2002). Aunque existe la posibilidad de que los abrigos rocosos de Qaqas fueron utilizados como lugares de enterramiento desde tiempos chanka y que pudieron haber continuado siendo utilizados, como tales, durante la época inka, Qaqas debe haber sido un lugar de enterramiento sólo durante la época inka.

Tal como se ha planteado en otro trabajo (Valdez y Valdez 2002), la cerámica arqalla tiene una larga tradición en el valle de Ayacucho y está presente en asentamientos fortificados donde es notable la ausencia de elementos inka. Al mismo tiempo, la cerámica arqalla aparece en sitios con alfarería de la época inka. En Qaqas se tiene la presencia de cerámica arqalla (Fig. 3).

Esta información sugiere que la alfarería chanka, manifestada por la cerámica arqalla, no llegó a estancarse con la conquista inka. Por el contrario, la producción de la cerámica arqalla parece haber continuado durante la época inka, adoptando, a su vez, elementos inka.

Por su parte, la cerámica aya orqo no parece ser chanka en absoluto. Muchas piezas de la colección de cerámica proveniente de Qaqas pertenecen a la variedad aya orqo, pero no son chanka o preinka. Aya Orqo, si bien incorpora elementos identificables como chanka, parece haber sido manufacturado después de la desintegración de la denominada «confederación Chanka» (Lumberras 1974: 198) y durante el auge del Imperio Inka. La interrogante, desde luego, se refiere a quiénes manufacturaron dicha variedad alfarera. Un posible escenario, siguiendo la lógica que guía este ensayo, es que poblaciones locales continuaron residiendo en el valle de Ayacucho y debieron haber sido quienes produjeron aquella cerámica. Su diferencia de la cerámica arqalla puede obedecer a varios factores; entre éstos, la presencia de grupos étnicos foráneos. Efectivamente, es preciso recordar que, de acuerdo a los estudios de Huertas (1998), la población del valle de Ayacucho durante los primeros años de la Colonia fue densa y multiétnica, posiblemente como producto del sistema de los mitimaes impuesto por los inkas. Por consiguiente, identificar arqueológicamente a cada uno de dichos grupos étnicos se hace no sólo necesario, sino indispensable. Sólo así se podrá definir mejor el panorama poblacional del valle de Ayacucho en tiempos inkas. Este es un reto que los arqueólogos interesados en el estudio de los chankas e inkas deben aceptar y asumir cuanto antes.

En su clásico estudio de la cultura Inka, Rowe (1946: 200) hizo notar que la cerámica inka nunca logró sustituir por completo a los estilos locales preinkas. Del mismo modo, Menzel (1959: 127) demostró que en la costa sur muchos asentamientos de la época inka muestran poco o nada de la influencia inka. Hyslop (1990: 244) también ha presentado varios ejemplos que demuestran que la administración inka adoptó formas de construcción locales. Está bien reconocido, además, que el Tawantinsuyo estuvo conformado por pueblos y culturas diversas que no sólo habitaron diversas regiones geográficas, sino que también se comunicaron en varios dialectos (Morris y Thompson 1985: 10). Si bien dichas tradiciones locales fueron dominadas por los inkas, éstas no fueron del todo alteradas y/o sustituidas por la administración; más bien, existen varios ejemplos donde las tradiciones locales, incluidos sus dialectos sobrevivieron (Huertas 1998: 10; *cf.* Morris y Thompson 1985: 150; D'Altroy 1992: 197-199; Topic y Topic 1993: 33). Un hecho similar parece que ocurrió en el valle de Ayacucho, donde la conquista inka no resultó en profundos cambios de la tradición local. La alfarería ayacuchana, si bien adoptó elementos inkas, continuó su trayectoria sin sufrir cambios significativos. Este es el caso de la cerámica arqalla, que a menudo está presente en asociación a elementos inkas.

#### 4. Consideraciones finales

Los modelos arqueológicos diseñados para explicar procesos culturales antiguos, una vez establecidos, son difíciles de modificar. A menudo siguen su curso cuando no se hacen evaluaciones críticas y cuando no se presentan modelos alternativos. Para que adquiera una validez científica, sin embargo, toda información arqueológica debe ser evaluada desde varias perspectivas y ángulos de interpretación. Sólo entonces se puede aceptar la validez de una explicación. Cada vez que los nuevos datos no estén en concordancia con las interpretaciones existentes se deben reevaluar los modelos. El desarrollo de la arqueología depende en gran medida de esta dinámica. Durante este proceso se deben incorporar nuevos elementos que permitan expandir el conocimiento. El análisis de interrogantes de por qué, por ejemplo, las variedades alfareras cambiaron o continuaron, no sólo debe ser considerado indispensable.

El estudio de la cultura Chanka y la ocupación inka del valle de Ayacucho se beneficiaría mucho si se estudiara de manera detallada a la cerámica chanka. Sobre la base de datos hasta hoy acumulados en el curso de varios estudios de campo de los últimos años, se sugiere que la cerámica arqalla no es un elemento diagnóstico para identificar arqueológicamente a los chankas, tampoco es exclusivamente preinka. En otras palabras, basándose en dicha cerámica es difícil reconocer a un asentamiento arqueológico como chanka y preinka. La continua presencia de dicha variedad alfarera, en asociación a elementos inka, sugiere que la cerámica arqalla continuó siendo manufacturada durante la época inka. Esta inició su producción antes de la invasión y su manufactura se prolongó hasta el horizonte siguiente. Esta observación tiene muchas implicancias para la arqueología del valle de Ayacucho. La más notable es que una porción considerable de la población indígena permaneció en el valle de Ayacucho, por lo menos en su sección norte. Si bien existieron grupos de mitimaes en la región, parece que éstos no superaron numéricamente a la población local.

Entretanto, la cerámica aya orqo, que nuevamente aparece en asociación a cerámica inka (*cf.* Lumbreras 1975: 202), parece ser una alfarería producida en el valle de Ayacucho durante la época inka (Valdez y Valdez 2000: 22). Sus formas, además de sus técnicas de manufactura, son nuevas y son más parecidas a la alfarería inka que a la alfarería chanka. La aparente ausencia de asentamientos inka en el valle de Ayacucho, por lo tanto, obedece a la equivocada identificación de esta variedad alfarera como preinka o chanka.

Estudios sistemáticos en sitios selectos conducirán a explicar este dilema, que por ahora se continúa discutiendo sobre la base de piezas aisladas. Para tal propósito, el sitio de Condormarka

(Valdez y Valdez 2000, 2002) sería un buen punto de partida. Condormarka constituye, para todo el valle de Ayacucho, el único asentamiento inka donde existe tanto arquitectura como cerámica inka. El cercano sitio de Tinyaq, donde están los depósitos (Valdez y Valdez 2000), puede proveer información adicional. Finalmente, se tiene que investigar, de manera sistemática, en los sitios chanka, o en aquellos considerados chanka.

El valle de Ayacucho durante la época inka, no parece haber sido del todo abandonado como muchos han sostenido hasta hace poco. La continuidad de la alfarería local durante la época Inka fue una de las razones que no han permitido identificar sitios de la época Inka en este valle. La evidencia proveniente de Qaqas sugiere que la cerámica aya orqo pertenece a la época inka, como una alfarería inka provincial, producida por la población local durante el tiempo de auge del imperio del Tawantinsuyo. Se espera que las ideas presentadas en este ensayo estimulen nuevas discusiones y, a su vez, encaminen hacia nuevos trabajos de campo que incluyan excavaciones sistemáticas en sitios chanka y en aquellos pertenecientes a la época inka. Sólo así se podrá esclarecer este capítulo poco conocido de la antigua historia del valle de Ayacucho.

### **Agradecimientos**

El guía que me acompañó a los abrigos rocosos de Qaqas fue César Quispe, a quien extiendo mi sincero reconocimiento y gratitud. Las piezas completas que ilustran este ensayo fueron también recuperadas de los abrigos por César. Los estudios iniciales relacionados a la ocupación inka en el valle de Ayacucho fueron llevados a efecto gracias a una beca posdoctoral otorgada por la Social Sciences and Humanities Research Council de Canadá.

## REFERENCIAS

**Benavides, M.**

1976 *Yacimientos arqueológicos de Ayacucho*, Universidad de Huamanga, Ayacucho.

**Cieza de León, P. de**

1967 *El señorío de los incas. Segunda parte de la Crónica del Perú* (introducción de C. Aranibar), Colección [1553] de Fuentes e Investigaciones para la Historia del Perú, textos básicos, vol. I, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

**Cobo, B.**

1964 Historia del Nuevo Mundo, en: *Obras del padre Bernabé Cobo. Segunda parte* (estudio preliminar y [1653] edición de F. Mateos), Biblioteca de Autores Españoles XCII, 5-275, Atlas, Madrid.

**D'Altroy, T. N.**

1992 *Provincial Power in the Inka Empire*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C./London.

**González Carré, E.**

1992 *Historia prehispánica de Ayacucho*, Universidad de Huamanga, Ayacucho.

**Huertas, L.**

1998 Conformación del espacio social en Huamanga, siglos XV y XVI, en: L. Millones, H. Tomoeda y T. Fujii (eds.), Historia, religión y ritual de los pueblos ayacuchanos, *Senri Ethnological Report* 9, 7-28, Osaka.

**Hyslop, J.**

1984 *The Inka Road System*, Academic Press, New York/San Francisco.

1990 *Inka Settlement Planning*, University of Texas Press, Austin.

**Lumbreras, L. G.**

1974a *The Peoples and Cultures of Ancient Peru*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

1974b *Las fundaciones de Huamanga*, Nueva Educación, Lima.

**MacNeish, R. S., T. C. Patterson y D. L. Browman**

1975 *The Central Peruvian Prehistoric Interaction Sphere*, Papers of the R. S. Peabody Foundation for Archaeology, vol. 7, Phillips Academy, Andover.

**Menzel, D.**

1959 The Inca Occupation of the South Coast of Peru, *Southwestern Journal of Anthropology* 15 (2), 25-142, Albuquerque.

**Morris, C. y D. E. Thompson**

1985 *Huanuco Pampa: An Inca City and its Hinterland*, Thames and Hudson, London/New York.

**Patterson, T. C.**

1991 *The Inca Empire: The Formation and Desintegration of a Pre-Capitalist State*, Berg Publishers, New York.

**Rowe, J. H.**

1946 Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest, en: J. H. Steward (ed.), Handbook of South American Indians. Vol. II, The Andean Civilisations, *Bureau of American Ethnology, Bulletin* 143, 183-330, Washington, D.C.

**Sarmiento de Gamboa, P.**

1960 Historia de los incas (segunda parte de la historia general llamada índica). Apéndice a *Obras completas* [1572] *del Inca Garcilaso de la Vega* (edición de C. Sáenz de Santa María), Biblioteca de Autores Españoles CXXXV, 193-279, Atlas, Madrid.

**Stern, S. J.**

1982 *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*, University of Wisconsin Press, Madison.

**Topic, J. R. y T. L. Topic**

- 1993 A Summary of the Inca Occupation of Huamachuco, en: M. A. Malpass (ed.), *Provincial Inca: Archaeological and Ethnohistorical Assessment of the Impact of the Inca State*, 17-43, University of Iowa Press, Iowa City.

**Valdez, L. M.**

- 1999 The Inka Occupation in the Ayacucho Valley, Peru, ponencia presentada al 18th Northeast Annual Conference on Andean Archaeology and Ethnohistory, University of Massachusetts, Amherst.
- 2002 Marayniyoq: evidencias de producción de chicha en un establecimiento wari, *Gaceta Arqueológica Andina* 26, 69-86, Lima.

**Valdez, L. M. y J. E. Valdez**

- 2000 Los sistemas de almacenamiento inka de Tinyaq, Ayacucho, Peru, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 29 (1), 13-27, Lima.
- 2001 Qollana: una estructura funeraria inca en el valle de Huanta, Ayacucho, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia* 4 (4), 103-111, Lima.
- 2002 El valle de Ayacucho y el Tawantinsuyo, *Arqueología y Sociedad* 14, 77-98, Lima.

**Valdez, L. M., J. E. Valdez, K. J. Bettcher y C. Vivanco**

- 2002 Marayniyoq: un establecimiento wari en el valle de Ayacucho, Perú, en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Primera parte*, *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2000), 549-564, Lima.

**Valdez, L. M. y C. Vivanco**

- 1994 Arqueología de la cuenca del Qaracha, Ayacucho, Perú, *Latin American Antiquity* 5, 144-157, Washington, D.C.

**Valdez, L. M., C. Vivanco y C. Chávez**

- 1990 Asentamientos chanka en la cuenca del Pampas-Qaracha, Ayacucho, *Gaceta Arqueológica Andina* 17, 17-26, Lima.